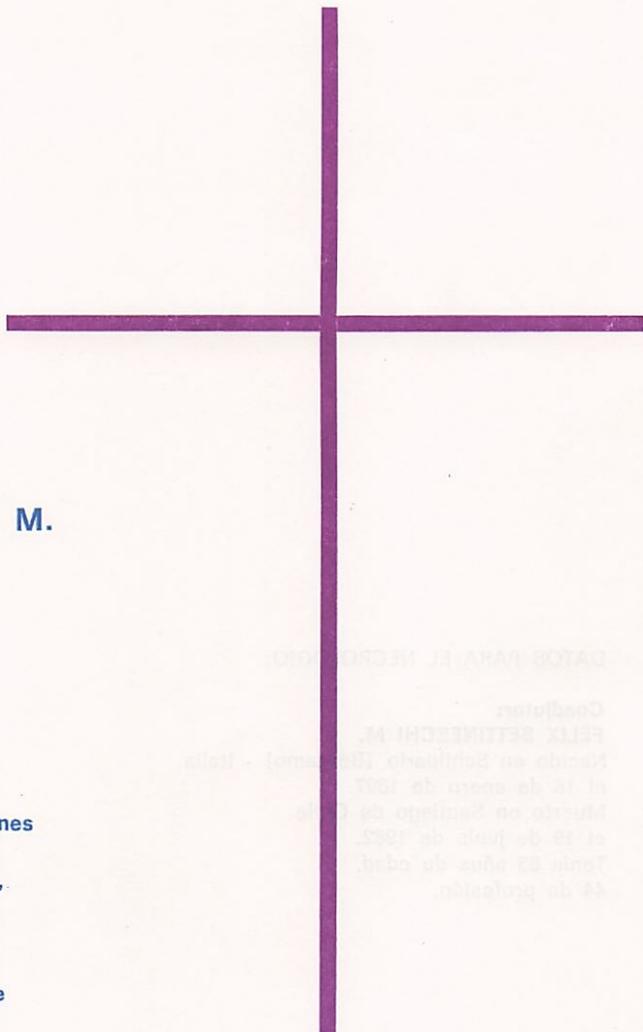


COMUNIDAD SALESIANA "LA GRATITUD NACIONAL"

SANTIAGO



**COADJUTOR
FELIX
BETTINESCHI M.**

"Hermanos, fijense a quiénes
llamó Dios. Entre ustedes
hay pocos hombres cultos,
pocos hombres poderosos
o que vienen de familias
famosas...
Dios ha elegido a la gente
común". 1 Cor. 1, 26-28.

COMUNIDAD SALESIANA "LA GRATITUD NACIONAL"

SANTIAGO



COADJUTOR
FELIX
BETTINESCHI M.

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Coadjutor:

FELIX BETTINESCHI M.

Nacido en Schilpario (Bérgamo) - Italia,

el 16 de enero de 1897.

Muerto en Santiago de Chile

el 19 de junio de 1982.

Tenía 85 años de edad,

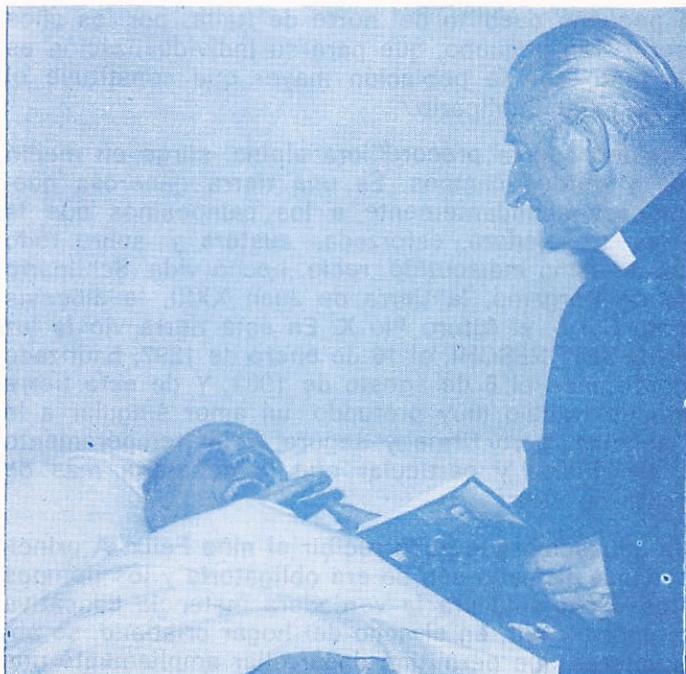
44 de profesión.

El presente necrologio se publica en el Boletín de la Comunidad Salsiana "La Gratitud Nacional" de Santiago de Chile, en el número 100, correspondiente al mes de junio de 1982, en conmemoración del 85º aniversario de la fundación de la Comunidad Salsiana en Chile, el día 16 de enero de 1897.

CARTA MORTUORIA DE DON FELIX BETTINESCHI M.

Misión cumplida

Solía bajar al patio del Colegio, sentarse en el jardín a la sombra de los árboles para tomar el alegre sol que con generosa abundancia inunda los patios de la Gratitude Nacional. Allí, acompañado siempre de su fiel enfermera, gustaba conversar, con los niños que se le acercaban, del tema que más le era familiar, la jardinería. Y, de su ya gastada memoria, desempolvaba sus amplios conocimientos: pitosporum, primis winteri chilensis, podocarpus, etc. De todas las plantas y flores del parque sabía los nombres tanto científicos como vulgares y se los decía con indisimulado orgullo a los asombrados oyentes para quienes él era el "profesor de botánica".



Un momento reconfortante durante su enfermedad fue la visita del Padre Viganó

Pero hacía ya tiempo que "el profesor" no bajaba a tomar el sol. No porque éste se mostrara reticente en regalar sus cálidos rayos. Fue una caída que lo postró en cama.

Inmóvil por la fractura, debilitado por el cáncer que padecía, Félix Bettineschi ya no se levantaría más. Paulatinamente se iría apagando, con serenidad, muy en silencio, humilde. Con un golpe de tos muy fuerte le avisó a la enfermera que ya había llegado la hora feliz de encontrarse cara a cara con Dios. Su cuerpo, antes contraído por el esfuerzo muscular, se fue quedando sereno, lánguido, inmóvil, mientras su espíritu se remontaba por las alturas de la eternidad.

Don Félix ya no bajará a tomar el sol en los jardines de la Gratitude Nacional y a conversar con los niños. Para él brilla ahora el sol eterno de Dios en los jardines del paraíso, junto a don Bosco, don Camilo Ortúzar, el Padre Berruti, el Padre López y todos los salesianos.

En Schilpario de Bérgamo, empieza el largo camino

Barzesto es un pequeño pueblito del norte de Italia: por los años 1897 apenas un caserío. Tan pequeño, que para su individualización es necesario nombrarlo junto con la población mayor que constituye el centro comunal: Barzesto di Schilpario.

Adosado a los faldeos de la precordillera alpina, surge en medio de viñedos, bosques y verdes campos. Es una tierra generosa que, bien labrada, recompensa abundantemente a los campesinos que la trabajan. Su gente es trabajadora, esforzada, austera y sobre todo muy cristiana: un cristianismo indiscutido, recio, hecho vida. Schilpario pertenece a la zona de Bérgamo, la tierra de Juan XXIII, la diócesis donde fue obispo José Sarto, el futuro Pío X. En esta tierra vio la luz FELIX PABLO ANTONIO BETTINESCHI, el 16 de enero de 1897, bautizado el día siguiente y confirmado el 6 de agosto de 1902. Y de esta tierra él heredó un espíritu de trabajo muy profundo, un amor singular a la agricultura, una fe sencilla, pero firme y segura, y un temperamento todo característico, tan fuerte y particular que le depararía más de algún problema durante su vida.

No fue mucha la educación que pudo recibir el niño Félix. A principios de siglo la enseñanza primaria aún no era obligatoria y los tiempos no eran tan exigentes. La familia era la verdadera instancia educativa para los niños de la época y allí, en el seno del hogar cristiano, se absorbían los grandes valores que permitían desarrollar ampliamente una

personalidad humano-cristiana. Pero, además, se necesitaban brazos para trabajar la tierra.

La familia Bettineschi era pobre y no podía darse el lujo de contratar empleados para las labores agrícolas. Y Félix, aunque era todavía muy niño, ya podía trabajar. Por eso, tres años de enseñanza básica, fueron suficientes y luego, al campo a trabajar como sus padres, como sus hermanos y toda su familia.

Aquí se formó aquel gran trabajador que conoceríamos más tarde, aquí aprendió a apreciar la agricultura, aquí se forjó en el amor a la tierra, la que además de darnos el sustento nos depara tantas satisfacciones. Porque eso fue don Félix: un gran trabajador, austero, diligente, exacto en sus tareas.

Hasta los 24 años se dedicó al trabajo del campo, ya sea en su casa, ya sea como obrero, en algunas de las grandes empresas agrícolas de la zona.

Así transcurre la niñez y la juventud de Félix Bettineschi: una vida dura, sobria, austera y exigente; pero sana, sencilla y alegre. De lunes a viernes se dedica a las tareas del campo y los domingos a los oficios religiosos. —Santa Misa y Vísperas— y luego, a las partidas de bochas o a los naipes, junto a los amigos del pueblo. En el verano, nunca faltaba el tiempo para organizar junto a ellos, algunas excursiones por la exuberante campiña o por los Alpes, que por ahí cerca, se elevan elegantes, atractivos, majestuosos.

Ven y sígueme

Pero el Señor no quería que Félix se quedara para siempre en Schilpario. Se fijó en su temple sano y robusto, y en su corazón generoso sembró la semilla de la llamada. No sabemos si a través de algún salesiano, o por medio de la lectura del Boletín Salesiano o de algún otro modo, Félix fue descubriendo que el Señor le ofrecía un trabajo en su viña. Las primeras inquietudes llenas de dudas y de incertidumbres, se fueron transformando paulatinamente en plena seguridad: sí, le parecía que podía hacerse religioso en la Congregación salesiana que, según el párroco del pueblo, era muy grande y tenía obras por todas partes.

Dejando atrás casa, pueblo y sobre todo su futuro, entra como aspirante coadjutor en la casa salesiana de CASALE MONFERRATO, para tomar contacto con la Congregación y conocer su amplio campo apostólico. Era el 7 de diciembre de 1921, víspera de la Inmaculada Concepción: tenía 24 años.

El difícil camino hacia la consagración religiosa

En septiembre de 1922 llega a Chile para realizar aquí su formación salesiana y luego incorporarse a esta inspectoría. Es el mes de la Patria, de las fervorosas celebraciones patrióticas; buen comienzo de su nueva vida, para amar enseguida a su nueva tierra y dedicar a ella su futura consagración religiosa salesiana.

El 9 de febrero de 1923 empieza el noviciado en Macul. Su firme voluntad es "poder vivir como buen religioso, salvar más fácilmente mi alma y huir aún de la más pequeña ofensa al Señor". (De la carta solicitud). Pero no fueron fáciles los primeros años en la Congregación. El abrazar la vida salesiana le significó una dura lucha para adecuar su fuerte personalidad a las exigencias de la vida comunitaria y de las tradiciones salesianas. Había heredado de su familia un espíritu de trabajo admirable, una piedad robusta. Pero la naturaleza le había deparado un temperamento duro, difícil, que le dificultaba las relaciones comunitarias.

Corregir, mitigar, reorientar el fuerte temperamento fue su constante compromiso ascético y constituyó la cruz pesada con la cual Cristo lo quería purificar. Se sentía a veces incapaz de lograr las metas que

Compartía con la comunidad el trabajo apostólico entre los jóvenes y trabajadores



los superiores le indicaban. No debemos olvidar que termina el noviciado a los 27 años, y cuando solicita la profesión perpetua ya tiene 33.

Al examinar la solicitud a la profesión perpetua, los formadores opinan que no presenta las condiciones para la vida consagrada salesiana y por lo tanto no la aceptan. Esa decisión significa que debe abandonar la Congregación con la cual tanto se había ya encariñado. Sin duda, un golpe muy duro para un hombre trabajador y generoso que había sido capaz de dejar su casa, su pueblo y su familia, tras el ideal de la vida religiosa salesiana.

A pesar de este doloroso percance Félix Bettineschi no vuelve a Italia. Prefiere quedarse en Chile, siempre al lado de la Congregación, a la cual servirá como empleado doméstico, allegado en la Comunidad de Linares.

Pasa así un largo período durante el cual nunca abandona la idea de reincorporarse a la vida salesiana, ya que está convencido que ésta es su vocación y que por lo tanto debe ser obediente a la voz del Señor que lo llama. Sin duda que este largo lapso de su vida —doce años—, fue para él la ocasión de un exigente trabajo ascético y de una adecuación de su personalidad a las exigencias de la Congregación, lo que, al parecer de los superiores, logró. En efecto, en 1942 solicita y obtiene tanto de la Congregación como de la Santa Sede, la posibilidad de reincorporarse a la Sociedad Salesiana. Vuelve a hacer el noviciado y con la profesión perpetua, se consagra definitivamente a Dios quedándose para siempre con Don Bosco; es el 25 de enero de 1947; tiene 50 años de edad.

Los años de su vida salesiana

No es difícil recorrer la vida salesiana del Sr. Bettineschi. Bastarían pocas líneas para enumerar las casas donde estuvo y los trabajos realizados; es en cambio, un poco más difícil y largo detallar el profundo cambio interior logrado durante su vida y la constante maduración de su personalidad para alcanzar "el único objeto de mi vida: poder santificarme" (petición a la profesión).

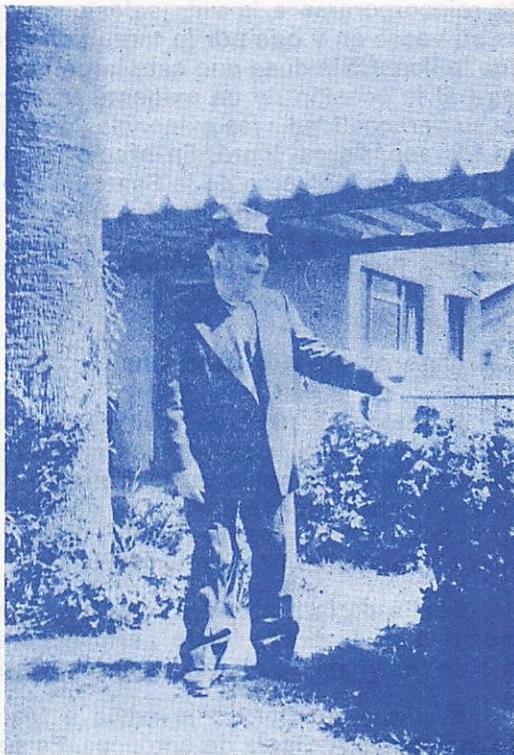
Realizada la profesión perpetua, el año 1947, es destinado a la Comunidad de Linares, donde permanecerá hasta el año 1954. El trabajo que se le asigna es el de agricultor y jardinero.

El año siguiente se le envía a Macul, como encargado del jardín de la Escuela Agrícola de entonces. Es su período de oro como jardinero.

Es el autodidacta que aprende a cultivar todas las plantas, conociendo de cada una de ellas el nombre científico y todas sus características. Su jardín es conocido no solamente en la zona de Macul sino en toda la ciudad; se sabe que allí hay toda clase de plantas: de interior, de exterior, plantas exóticas, autóctonas. Acuden a él muchos clientes y todos encuentran, además de precios convenientes, una esmerada atención.

Pero el desarrollo urbanístico del Gran Santiago y el proyecto de la circunvalación Américo Vespucio decretaron la muerte para el famoso "jardín de don Betti", como familiarmente se le llamaba.

Y también para él termina su estadía en Macul. Don Félix tiene ya 75 años y debe trasladarse a Linares y al año siguiente a Talca-Salvador, donde permanece solamente un año. Luego la Obediencia lo destina a la Escuela Agrícola de Catemu, donde, a pesar de su avanzada edad, lo-



Plantas y flores
fueron la gran
pasión de su vida

gra incorporarse plenamente a esa comunidad, que lo acoge fraternalmente. Y él, como miembro de esa familia, participa de su vida, de los pequeños trabajos de la huerta o de la despensa, de la oración comunitaria y también del compromiso apostólico entre los alumnos internos de la Escuela.

Pero aquí lo esperaba la última obediencia de su vida: al final de la existencia terrena Cristo lo quiso asociar a su dolor y sufrimiento. Obediencia que fue aceptada serenamente y que fue la puerta que lo introdujo al mundo de la Vida Plena.

En la Gratitude Nacional nace para el cielo

Ya el año 1978 don Félix empezó a acusar profundas molestias estomacales. Al principio, hombre humilde, austero y sacrificado, las sufría en silencio. Pero al aumentar los síntomas de una posible enfermedad, se hizo prudente trasladarlo a un centro donde fuera más fácil la atención médica. El Padre Inspector, preocupado personalmente de la salud del hermano, lo destinó a La Gratitude Nacional para poder ofrecerle una más cuidadosa atención, ya que el diagnóstico de los médicos era realmente preocupante: cáncer a la vejiga.

Desde el año 1979 permanecerá en esta Comunidad, rodeado del cariño y de los cuidados fraternales de los salesianos de la comunidad y de la Casa Inspectorial; especialmente el Sr. Juan Sabaj será su ángel de la guarda, el hermano cariñoso que siguió paso a paso el desarrollo de la enfermedad y que lo ayudó a vivir más serenamente sus últimos años.

Al principio la mejoría y el alivio fueron considerables: el tratamiento médico obtuvo buenos resultados, gracias a los cuales podía levantarse, recibir alimentos, incluso bajar al patio caminando lentamente.

Pero, evidentemente, la enfermedad no estaba vencida, y, a pesar de la mejoría inicial, seguía inexorable su desarrollo. Así los últimos años serán un lento e imperceptible proceso de debilitamiento general, un consumirse en el dolor y sufrimiento.

Un día, sufre en el dormitorio una lamentable caída que le produce una fractura en la cadera. Inmovilizado por el yeso, debe permanecer en la cama, de la cual ya no se levantará más.

Su cuerpo ya débil por la enfermedad, sometido a esta última exigencia, perderá paulatinamente la capacidad de movimiento, de asimilación de los alimentos, de expresión. El día 17 de junio, cuando se le administra la Unción de los enfermos, sólo una leve señal de cabeza nos indica que se estaba asociando a la oración que nosotros, sus hermanos, elevábamos por él. Después de recibir el Sacramento, se reclinará en un supremo abandono, físico, espiritual; incluso su rostro se le notará menos tenso, menos crispado.

El día 19 de junio, un ataque cardíaco-respiratorio sacude con violencia su cuerpo ya demasiado débil y no lo resiste. Es la señal de que ya ha llegado la hora suprema. Los párpados se cierran definitivamente sobre sus ojos muy cansados. Y la paz de la muerte invade todo su cuerpo. Don Félix ya ha nacido a la vida sin fin. En el dormitorio sólo se escucha el llanto suave de sus cariñosas enfermeras. Son las 10.50 del día 19 de junio de 1982, sábado, día dedicado a la Virgen María.

Su preciosa herencia: el trabajo

Félix Bettineschi no era un hombre letrado, familiarizado con el estudio o la lectura de profundos autores. Pero es indiscutible que nos deja una herencia preciosa, un testimonio altamente salesiano: el trabajo.

Cuando niño, en la casa paterna, aprenderá el valor que tiene el trabajo como actividad humana, a través de la cual el hombre expresa todo su humanismo y su espiritualidad. En un mundo de por sí pobre como el campesino del siglo pasado, en un país asolado por la Primera Guerra Mundial, el niño Félix aprendió desde muy temprano que el pan se gana con el sudor de la frente y con el esfuerzo de los propios músculos; a pesar de que era muy niño, él también tuvo que dar su cuota de esfuerzo a través de sus ocupaciones habituales: el campo, la huerta, el establo. Este espíritu de trabajo que llegó a ser la característica de su personalidad, no fue fruto de aprendizajes teóricos sino que lo asimiló casi por simbiosis por estrecho contacto vital de sus padres. La Providencia lo preparaba así a sintonizar en profundidad con Don Bosco, el santo del trabajo. Y éste fue el testimonio claro que dejó en todas las casas donde estuvo: un hombre muy sacrificado y trabajador.

En los últimos años siempre afloran con nitidez los grandes valores que han movido la propia vida. Para don Félix también fue así. Reducido ya totalmente a la inactividad, sentado apaciblemente en la sala de estar de la Comunidad, lo veíamos sumido en la lectura de algún libro salesiano. A menudo detenía la lectura y exclamaba: "¡Quiero trabajar!

¿Dónde están mis herramientas? ¡Quiero mis herramientas para trabajar!". Se refería a las herramientas de trabajo que había dejado en Catemu.

Don Bosco afirmó: "Cuando suceda que un salesiano sucumba y deje de vivir, trabajando por las almas, decid entonces que la Congregación ha alcanzado un gran triunfo y sobre ella descenderán copiosas las bendiciones del cielo". Estamos convencidos que la vida de Félix Bettineschi ha sido un gran aporte para la Congregación que, a través de él, pudo dar al mundo juvenil y popular, un testimonio de trabajo serio, sacrificado, espiritualmente enriquecedor.

Padre JUAN CARLOS FAVARETTO sdb.
Director

Santiago, 16 de julio, festividad de la **Virgen del Carmen**.

...tando estas mis herramientas. Como mis herramientas para hablar
...en. Se trata de las herramientas de trabajo que están dadas en
Carmen

Don Bosco afirmó: "Cuando sucede que un religioso sufre y
debe de vivir trabajando por las almas, debe entonces que la Congrega-
ción ha alcanzado un gran triunfo y sobre ella descienden entonces las
benedicciones del cielo." Estamos convencidos que la vida de Fray
Bartolomé ha sido un gran aporte para la Congregación que a través
de él, pudo dar al mundo juvenil y popular, un testimonio de trabajo
serio, sacrificado, espirotamente comprometido.

Padre JUAN CARLOS FAVARETTO sdb.
Director

Santiago, 18 de julio, festividad de la Virgen del Carmen.